

CARLO FERRUCCI

Profesor de Historia de la Estética
Universidad de Roma «Tor Vergata»

El exilio de María Zambrano: El camino entre los escombros de la historia

Resumen

El trabajo muestra cómo la reflexión de María Zambrano sobre las experiencias de su exilio en América Latina y Europa coinciden con su *auto-exilio* fuera del recorrido académico, institucional, del pensamiento post-aristotélico y post-cartesiano.

Palabras claves

Exilio; patria; experiencia; ruina.

María Zambrano's exile: The journey through history's ruins

Abstract

The work shows how María Zambrano's reflections about the experiences of her exile in Latin America and Europe proceed at the same rate of her *auto-exile* out of the main stream of western philosophy.

Key words

Exile; fatherland; experience; ruin.

El título de este artículo tiene varios sentidos. Me detendré en los tres que me parecen más interesantes: 1. El exilio como camino entre los escombros de dos guerras, la guerra civil española y la parte europea, que para Zambrano ha sido otra guerra civil, de la segunda guerra mundial —asunto que voy a comentar teniendo en cuenta unas páginas del autobiográfico *Delirio y destino* (*Los veinte años de una española*) y de *La agonía de Europa*; 2. el exilio como camino de Zambrano entre los escombros de la historia antigua —tema que trataré comentando las páginas zambranianas sobre las ruinas de la antigua Roma; 3. el exilio como símbolo, cifra, condición ejemplar de la reflexión de Zambrano sobre la historia y la tarea de la filosofía. Dejando aparte la posibilidad, bastante escandalosa pero no del todo delirante, que este tercer sentido de mi título se titulara ‘el exilio como camino entre los escombros de la filosofía occidental’, y teniendo en cuenta tres trabajos de la pensadora veleña: el capítulo «La condenación aristotélica de los pitagóricos» en *El hombre y lo divino*, anticipado por unas páginas de *Delirio y destino* (*Los veinte años de una española*), el artículo «Amo mi exilio», y el capítulo «El exiliado» de *Los bienaventurados*.

Lo que une a estos tres sentidos del tema del exilio es el carácter escandaloso, precisamente —erético, ‘rebelde’— del pensamiento de Zambrano frente a la postura institucional, ganadora, del racionalismo occidental. Este carácter revolucionario de la reflexión y del lenguaje de la pensadora veleña me llevará a afirmar que ella, obligada a exiliarse de su tierra natal, elige auto-exiliarse paralelamente de la tierra firme de la filosofía moderna, post-cartesiana y post-hegeliana, para buscar puertos más cercanos a la condición vivida y padecida —lo que quiere decir también: imaginada y esperada— por sus semejantes.

1. *Delirio y destino* (*Los veinte años de una española*), escrito en La Habana en 1952, relata las experiencias y los cambios, casi siempre dramáticos, vividos o conocidos por Zambrano entre 1928 y 1948. En uno de los últimos capítulos, «13 de junio de 1940», el relato del momento trágico padecido por la ‘madre’ Europa se cruza con el relato de los riesgos mortales sufridos en los mismos días y en esa misma tierra francesa por la madre carnal de la escritora: «Paris, Europa, la madre... La madre! La sabía otra vez por los caminos, en algún camión, en algún automóvil que habrían de dejar en una cuneta abandonado, arrojándose al suelo, bajo una nube de metralla, detenida ante un puente ya cortado, refugiada en un desván de una ‘Ferme’, despavorida y sin pan, con su corazón ya maltrecho... Y madre era también Europa. Otra madre despedazada, una madre que se había vuelto loca...»¹

La imagen de la madre enloquecida evoca el recuerdo de la Guerra Civil española, a su vez según Zambrano una forma de locura, y este recuerdo hace que su apasionada reflexión sobre Europa se detenga sobre el carácter de guerra fratricida que también el nuevo y más ancho conflicto presenta a sus ojos: «Y ahora Europa siguiendo el mismo destino, la misma fatalidad le despertaba en el pecho la pregunta: ¿de donde la Guerra Civil? ¿Será la última? Quizá la última, la inevitable o inevitada simplemente, para llegar a la unidad».² Y es aquí donde aparece y actúa la imagen del exilio, fundamental circunstancia-símbolo de la experiencia vital y de la reflexión histórico-filosófica de Zambrano. Su manera de

1. Zambrano, María, *Delirio y destino* (*Los veinte años de una española*), Madrid, Mondadori, 1989, pp. 242-243.

2. *Ibidem*, p. 243.

pensar-sentir el exilio, vivido por ella, entonces exiliada en Cuba, desde el punto de vista del origen «filial» de la isla caraíbica con respecto a España, hace que una condición de separación y de lejanía se convierta en su contrario, o sea en una relación de proximidad e incluso de simbiosis, casi de ‘entrañación’, entre el continente natal de la autora y la tierra que la ha acogido:

Si todos los europeos pudieran ver a Europa desde lejos, desde este Continente que nació de su sueño, desde esta hija perpleja y angustiada, obligada a hacerse madre de su madre, si ellos pudieran ver a Europa desde este ‘lejos’ que no es un ‘fuera’ sino una dimensión en el interior de la Historia... Y, paradojicamente, desde esta isla del Mar Caribe... se sentía dentro de Europa, en sus entrañas, como se siente el hijo cuando ve sufrir a su madre. Y las entrañas de la Historia son el lugar donde se gesta el futuro.³

La imagen de la gestación del futuro ligada a la figura del hijo de Europa sufriendo en su carne, desde una distancia que se transforma en una identificación, el agónico sufrimiento de su madre, lleva a Zambrano a introducir en su relato-reflexión el tema, ya ahora centralísimo, de la esperanza como incontenible impulso que hace que la agonía no sea un camino hacia la muerte sino hacia una nueva vida: «Agonizar es no poder morir a causa de la esperanza. No, nadie nos rechaza desde la muerte, nada nos lanza otra vez a la vida, sino la esperanza oculta. La esperanza que brota desesperadamente ante cada sufrimiento insopportable. Y cuanto más insopportable es lo que se padece, más honda renace la esperanza. Quizá hayamos de padecer por eso; para que la esperanza se revele en toda su profundidad».⁴

2. Antes de publicar estas líneas, Zambrano había reflexionado ya dos veces sobre la revelación de la esperanza «en toda su profundidad»: en el ensayo «La esperanza europea» (1942), publicado después en *Agonía de Europa* (1945) y —más directamente desde el punto de vista de los escombros de la historia— en el artículo «Una metáfora de la esperanza: las ruinas», publicado en una revista cubana en el año de su primera estancia en Roma (1949). Más directamente, en el segundo texto, porque en «La esperanza europea», además de no hacerse alguna referencia al exilio de la autora, no se habla de nada tan concreto como los escombros de la antigua Roma; sin embargo, es cierto que el personaje principal de «La esperanza europea», San Agustín, además de sentirse exiliado de la ciudad celeste de la que se considera espiritualmente ciudadano, escribe teniendo bien visibles delante de sí los escombros políticos y culturales de la civilización romana.

En «La esperanza europea», Zambrano contrapone a la versión del Cristianismo heredera del Dios supremamente activo del Antiguo Testamento, que triunfando en nuestro continente hizo que el rastro esencial del hombre europeo fuera la creación violenta, frenética y agresiva, de su identidad y de su historia, otra cara del mensaje cristiano: su versión «africana», «casi española»—es que San Agustín, además de ser cristiano, era africano, casi español⁵—encarnada

3. *Idem*.

4. *Ibidem*, p. 244.

5. Zambrano, María, «La esperanza europea», en *La agonía de Europa*, Madrid, Mondadori, 1988, p. 59.

por el autor de *Las Confesiones* y *La ciudad de Dios*. En estas dos obras, según Zambrano, San Agustín sintetiza genialmente el tránsito desde el mundo antiguo al mundo moderno acontecido por Europa, al afirmar: a) la necesidad que el hombre tiene de ser re-engendrado como sujeto cultural después de haber nacido biológicamente, b) el carácter sumamente utópico, quimérico, asumido por esta exigencia en el hombre europeo, c) la consiguiente imposibilidad de realizar total y definitivamente su esperanza de re-nacimiento. Una imposibilidad, esta, sin embargo, que Zambrano considera fundamentalmente positiva, al reflejar un «idealismo de base y raíz» cuya tensión es demasiado grande para acontentarse con alzar una ciudad que sea algo menos que un ilimitado horizonte. Ya que —acerándose en esto la visión de Zambrano al «logos de las circunstancias» de Ortega— por algo será si también «el paisaje europeo es puro horizonte, sobre todo en algunas de sus más nobles tierras, como la de Castilla».⁶

Si la historia europea estuvo siempre impulsada, pues, por ideales demasiado ambiciosos como para realizarse del todo, entonces no sólo su condición más propia ha tenido que ser un estado de permanente derrota, sino que es bueno y justo, nos sugiere Zambrano, que esto haya ocurrido y siga ocurriendo. Puesto que según ella la victoria final, la realización de la versión terrenal de la Ciudad de Dios, significaría para los europeos traicionar a su «utopismo revolucionario de resurrección»⁷ y entregarse a una fácil adoración de los hechos y a un ciego culto del éxito por el éxito.

Siete años después, Zambrano vuelve sobre la relación entre la esperanza y los escombros de la historia relatando lo que le ha ocurrido pensar —mejor dicho: sentir y pensar— delante de las ruinas del Foro de la ciudad que ella llama «mi patria», Roma: que esas ruinas son lo que queda de los sueños de las personas que han vivido y obrado allí, y que «bajo los sueños aliena siempre la esperanza... Y así en las ruinas lo que vemos y sentimos es una esperanza aprisionada, que cuando estuvo intacto lo que vemos deshecho quizás no era tan presente: no había alcanzado con su presencia lo que logra con su ausencia».⁸ De este hecho tan raro, que una ausencia produzca una impresión más intensa que una presencia, Zambrano nos ofrece dos explicaciones. La primera es que la ausencia percibida por el contemplador de los escombros de la civilización romana es la falta de alguien o de algo que nunca estuvo presente físicamente, nunca se ha podido contemplar íntegramente; en resumida cuenta, la ausencia de la divinidad, expresada por los grandes místicos y poetizada por San Juan de la Cruz. No es una casualidad, pues, añade Zambrano, si toda ruina tiene «algo de templo, de lugar sagrado. Lugar de perfecta contemplación»⁹.

La segunda explicación que Zambrano nos ofrece de la impresión tan especial proporcionada por las ruinas romanas, es que, así como todo edificar representa una victoria del hombre sobre la naturaleza, no hay ruina que no traiga el revés, o sea el triunfo sobre la historia humana conseguido por la vida vegetal, la «yedra que corre libremente brotando entre las columnas rotas y los muros abatidos»; y que esta revancha de la más espontánea vegetación produce, enlazándose con lo que queda de la ya triunfante construcción humana, la «especial belleza» de un apaciguamiento entre la naturaleza y la historia. Una belleza parecida, según

6. *Ibidem*, p. 61.

7. *Ibidem*, p. 64.

8. María Zambrano, «Una metáfora de la esperanza», en *La Cuba secreta y otros ensayos*, Madrid, Endymion, 1966, p. 139 y en la revista *Lyceum*, VIII (26), La Habana, 1951, pp. 7-11.

9. *Ibidem*, p. 140.

Zambrano, a la belleza regeneradora que emana, trayendo purificación, catharsis, de la tragedia griega: «La contemplación de las ruinas cura, purifica, ensancha el ánimo haciéndole abarcar la historia y sus vaivenes, como una inmensa tragedia sin autor. Las ruinas son en realidad una metáfora que ha alcanzado categoría de Tragedia sin autor. Su autor es simplemente el tiempo».¹⁰

Pues bien, la autoría del tiempo no concierne tan sólo el pasado sino también el futuro, la mirada que dentro de la tragedia de su historia el hombre sigue dirigiendo hacia adelante a pesar de todas sus derrotas, de todas las ruinas que llenan su camino. Y esta mirada hacia el futuro alimentada por la inacabable resurrección de la esperanza, concluye Zambrano reflexionando sobre los primeros pasos de su fecundo exilio romano, está simbolizada por algo laicamente divino, podríamos casi decir, o sea el abrazo de reconciliación entre los escombros de la historia y la yedra, «metáfora de la vida que nace de la muerte, del trascender que sigue a todo acabamiento».

Llegamos así al tercer sentido de mi título: el exilio como símbolo, cifra, momento al mismo tiempo especulativo y existencial de la reflexión de Zambrano sobre la historia de la filosofía europea y su propia tarea de pensadora. Una pensadora que, al caracterizarse por una visión fuertemente crítica, ‘herética’, frente al recorrido ‘oficial’ de la filosofía tanto antigua como moderna, forma y afirma esta escandalosa originalidad no sólo durante su largo exilio sino también gracias a ello: a la capacidad del exilio de facilitar y alimentar desde otros horizontes, más abiertos y libres del horizonte natal, una reflexión tan particular, tan fuera de lo común. Es pensando también, quizás sobre todo, en esta capacidad mayéutica del exilio, en mi opinión, que Zambrano titulará «Amo mi exilio» el artículo de 1989 sobre su estancia fuera de España —no referiéndose, quiero decir, tan sólo en general a las experiencias variamente enriquecedoras vividas en las cuatro décadas y media transcurridas fuera de su país, sino también y en especial al contemporáneo afianzamiento y desarrollo de su ‘auto-exilio’ especulativo fuera del territorio ‘oficial’ de la filosofía. Antes de llegar a las más recientes manifestaciones de esta cariñosa identificación de Zambrano con su propio ‘descarrilamiento’ filosófico, resumiré sus anteriores etapas.

En uno de los primeros capítulos de *El hombre y lo divino*, «La condenación aristotélica de los pitagóricos», encontramos una larga comparación entre el pensamiento de Aristóteles y la doctrina especulativo-matemático-musical de los pensadores órfico-pitagóricos. Aunque reconociendo, y reafirmando, la importancia de Aristóteles como padre del pensamiento filosófico, en esas páginas Zambrano subraya la cercanía a la vida de los seguidores de Orfeo y Pitágoras con palabras que bien podrían referirse a un componente fundamental de su propia visión: «Los pensadores de inspiración pitagórica...no se encuentran obligados a dar un método, un camino de razones; acuñan aforismos, frases musicales, equivalentes a melodías o cadencias perfectas que penetran en la memoria o la despiertan... hacen ‘catecismos’ o ‘manuales’ porque el método que ofrecen no es sólo de la mente sino de la vida; la vida toda es camino de sabiduría, la vida misma».¹¹ Y no es todo: más adelante, Zambrano descubre en la doctrina órfico-pitagórica, además de aquel «sentir originario» o «sentir a priori» que tanta

10. *Idem*.

11. Zambrano, María, «La condenación aristotélica de los pitagóricos», en *El hombre y lo divino*, México, D.F., Fondo de Cultura Económica, 1955, p. 86.

importancia tiene en su propio pensamiento, también muchas referencias —¿y cómo no pensar en su «razón poética»?— a la poesía, «la forma más musical de la palabra».¹² Sin embargo, precisamente estas propiedades ‘zambranianas’ de la visión de los órficos-pitagóricos han sido según Zambrano la causa de su condenación por Aristóteles y de su consiguiente exilio fuera del recorrido ‘oficial’ de la filosofía europea, por Aristóteles fundada o co-fundada. Identificándose, pues, algo subterráneamente pero bastante claramente, con unos rasgos sobresalientes del pitagorismo y del orfismo, Zambrano —que ya tres años antes, en *Delirio y destino* (*Los veinte años de una española*), había recordado su juvenil «rebeldía»— contra la condenación aristotélica¹³— se ‘autoexilia’ fuera de la tierra firme de la ortodoxia filosófica y termina el capítulo de *El hombre y lo divino* ofreciéndose indirectamente a recoger el testigo de las manos de los condenados: «Hoy, bajo su equívoco esplendor, el hombre vuelve a ser la cuestión, criatura errante que parece haber perdido su ‘puesto en el cosmos’ ha de reencontrar la razón que le haga asequible su propia vida, la razón que rescate sus muchas almas perdidas en la historia y que le haga diáfano su tiempo, el suyo, en cuanto sea posible... La *polimattia*, el relativismo no resuelto de los pitagóricos, su aceptación del tiempo pueden estar a punto de declarar bajo otro nombre —como vencidos al fin— su oculto sentido».¹⁴ Vencida, la *polimattia*, la polifacética sabiduría de los órfico-pitagóricos, pero no del todo desaparecida, no enmudecida, sino capaz de recobrar su voz en la zambraniana razón poética. Estas reflexiones constituyen la premisa de las páginas que Zambrano dedica al tema del exilio, más de treinta años después, en el artículo «Amo mi exilio» y en el capítulo «El exiliado» de *Los bienaventurados*. En el primer texto, Zambrano confiesa, casi disculpándose, querer a su exilio a pesar de saber que el exilio es una experiencia que sería mejor no vivir; y explica esta contradicción añadiendo querer a su exilio por haberle aceptado «de corazón, plenamente».¹⁵ Al no aclarar ella directamente lo que esto significa, corresponde a nosotros intuirlo leyendo que para ella «desde esa mirada del regreso, el exilio que me ha tocado vivir es esencial. Yo no concibo mi vida sin el exilio que he vivido. El exilio ha sido como mi patria... Creo que el exilio es una dimensión esencial de la vida humana...».¹⁶

12. *Ibidem*, p. 109.

13. Zambrano, María, *Delirio y destino* (*Los veinte años de una española*), op. cit., p. 186.

14. *El hombre y lo divino*, op. cit., p. 124.

Muchos años más tarde, Zambrano escribirá que su «senda... no sin verdad puede ser llamada órfico-pitagórica» (*De la aurora*, Madrid, Turner, 1986, p. 123).

15. María Zambrano, «Amo mi exilio», en *Las palabras del regreso*, edición y presentación por Mercedes Gómez-Blesa, Salamanca, Amarú Ediciones, 1995, p. 14. El artículo había salido en *ABC* (Madrid), 28 de agosto de 1989, p. 3, y en *La otra cara delexilio: la diáspora del 39*, Universidad Complutense de Madrid, Cursos de Verano, El Escorial, 1989, pp. 7-8.

16. *Ibidem*, pp. 13-14.

17. Zambrano, María, *Los bienaventurados*, Madrid, Siruela, 1990, p. 29.

de la primacía que los hombres suelen otorgar al pensar sobre el ser y el vivir, mientras que la visión como efecto y espacio de revelaciones es una forma de experiencia, o sea nace «desde un ser, este que es el hombre, este que soy yo, que voy siendo en virtud de lo que veo y padeczo y no de lo que razono y pienso».¹⁸ A partir de esta definición de la experiencia como ámbito de lo visto-padecido —lo que quiere decir también: lo imaginado y esperado—, todo el capítulo de *Los bienaventurados* es una larga reflexión sobre las analogías entre la experiencia del exilio y el peculiar conocimiento en que consisten las revelaciones.

Al igual que las revelaciones, que al fin de transmitirse necesitan evadir de la cárcel que es para ellas el ámbito de las ideas claras y distintas, el hombre necesita, para volver a ser «hijo del universo», exiliarse de su detención en la historia con la hache mayúscula, la Historia Universal sacralizada por Hegel. Al igual que las revelaciones, siempre sorprendentes, siempre objeto de visión-intuición y por lo tanto de escándalo para las categorías de lo explicable y lo justificable, el exiliado es —asombrosamente, escandalosamente— objeto de mirada y de intuición más bien que de conocimiento. Al igual que las revelaciones se quedan fuera del pensamiento analítico para apoyarse en la experiencia, más ancha en cuanto propia del ser, de lo visto-padecido y lo imaginado-esperado, el exiliado se queda fuera de las historias particulares, la suya también, para terminar encontrándose encima de ellas, «sobrenadándolas todas».¹⁹ Al igual que las revelaciones son el ámbito ideal, la patria, de lo visto-padecido y lo imaginado-esperado, el exilio es el ámbito ideal, el «lugar privilegiado», de su descubrimiento y empleo filosófico. A la luz de todo esto, no cabe duda que a la pregunta con la que Zambrano ha empezado el capítulo, «¿Resultará excesivo este término, 'revelación', aplicado al exilio?»²⁰, cabe contestar que no, aplicar el término revelación a su experiencia del exilio no sólo no resulta nada excesivo, sino nos permite entender mejor el origen y el sentido de la herética visión de la pensadora veleña.■

18. *Ibidem*, p. 30.

19. *Ibidem*, p. 36.

20. *Ibidem*, p.29.



Flor, 1996, óleo sobre lienzo, 101 x 76 cm